

## Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

 EDICIONES  
COMPLUTENSE

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.65961>

Adelardo de Bath: *Cuestiones naturales*. Traducción (a partir de la edición latina de Charles Burnett) José Luis Cantón. Estudio introductorio y notas, Pedro Mantas España, (Colección de pensamiento medieval y renacentista, nº 2), Pamplona, Eunsa, 2009, 213 pp. ISBN: 978-84-313-3379-9.

En el número 16 (1999) de *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, en las páginas 318-320, me ocupé de la edición y traducción al inglés realizadas por Charles Burnett, con la colaboración de Italo Ronca, Pedro Mantas España y Baudouin van den Abeele, de varias obras de Adelardo de Bath (ca. 1080 - ca. 1150). Se trataba de los títulos *De eodem et diverso*, *Questiones naturales* y *De avibus*, en un libro presentado como *Conversations with his Nephew* y publicado en Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Hoy tenemos la fortuna de poder leer uno de estos textos, las *Quaestiones naturales*, traducido a nuestra lengua española por el profesor José Luis Cantón Alonso, de la Universidad de Córdoba, con anotaciones del profesor Pedro Mantas, de la misma Universidad. Se reproduce, también, el texto latino original. Le acompaña una extensa introducción escrita por Pedro Mantas.

Lo que hace veinte años dije sigue todavía siendo válido: Adelardo de Bath es uno de los autores “menos conocido, pero no por ello menos interesante del siglo XII”. Hoy, desde luego, sabemos más acerca de él, pero sigue siendo bastante desconocido fuera del ámbito de quienes nos dedicamos a la historia de la filosofía en la Edad Media. Adelardo «fue un personaje clave para entender la transmisión del saber en el medievo latino, a través de la cultura del mundo árabe e islámico», señaló en aquel momento y ahora se encarga de poner de manifiesto Pedro Mantas en su Introducción. Sus traducciones de textos matemáticos le convirtieron en un maestro reconocido con posterioridad: tradujo, entre otras obras, los *Elementos* de Euclides, las *Tablas astronómicas* del famoso matemático al-Jwârizmî (m. 850), la *Abreviación a la Introducción a la astrología* de Abû Ma’shar (m. 886), el *Albumasar de los latinos*, y el *Libro de los talismanes* del también matemático Thâbit ibn Qurra (m. 901); compuso además obras originales sobre el ábaco y el astrolabio, como señala P. Mantas en su Introducción (p. 11).

Pero Adelardo no sólo destaca por su interés en la cultura árabe, cuyos sabios le enseñaron muchas cosas, principalmente una, el uso de la razón. La obra está dedicada a su sobrino, quien representa el método de estudio tradicional, basado en la autoridad de las fuentes, frente al nuevo método que él promueve. A su sobrino le dice que está seducido por la imagen de la autoridad

(*auctoritatis pictura captus*). Él, en cambio, rechaza ese principio de autoridad para ponerse bajo el manto de la razón, como única guía para analizar la realidad. Así lo afirma: *Ego enim aliud a magistris Arabicis ratione duce didici* («He aprendido una cosa de mis maestros árabes, con la razón como guía», pp. 86 y 87). Adelardo ha encontrado, estudiando los textos antiguos que versan sobre el universo, la razón, la *ratio*, entendida como relación matemática, como principio y fundamento de todo el universo y que permite descubrir todas las posibilidades que tiene el hombre. En el mismo lugar, Adelardo escribe: «No comprenden que la razón ha sido dada a cada uno para que discrimine lo verdadero de lo falso teniendo a aquella como primer juez. Pues si la razón no estuviera destinada a ser juez universal, en vano nos habría sido dada a cada uno de nosotros... No llevo esto a la consecuencia extrema de que, a mi juicio, haya que despreciar la autoridad. Más bien sostengo que la razón se ha de buscar en primer lugar, y una vez encontrada, si tenemos a mano una autoridad, sólo entonces ésta debe añadirse. Pero para un filósofo la autoridad sola no puede proporcionar crédito, ni debe ser invocada con este fin». Se puede afirmar, entonces, que Adelardo fue uno de los pioneros, en la Edad Media, en la tarea de recuperar la razón para el saber, habiendo afirmado la validez del discurso físico frente al religioso y simbólico del universo y habiendo impulsado el desarrollo de la matemática como medio para el conocimiento del mundo. Junto con otros autores contemporáneos suyos impulsó el conocimiento de la física, con sus exigencias de racionalidad y sistematicidad. En su época y para él, esto no significa negar la omnipotencia de Dios: «No quito méritos a Dios. Cualquiera cosa que existe, existe por él y a través de él. Sin embargo, esto no se ha de tomar de manera confusa y sin distinción. Se ha de aceptar todo aquello que la ciencia humana pueda alcanzar, pero en el caso de que ella falle completamente, entonces hay que remitir el asunto a Dios. Así, pues, como aún no hemos palidecido por la ignorancia, volvamos a la razón» (*Deo non detraho. Quicquid enim est, ab ipso et per ipsum est. Id ipsum tamen confuse et absque discretione non est. Que quantum scientia humana procedit audienda est; in quo vero universaliter deficit, ad Deum res referenda est. Nos itaque quoniam nondum inscitia pallemus, ad rationem redeamus*) (pp. 80 y 81).

Este interés por la razón, que da muestras de cómo Adelardo concebía la dignidad humana, lo refleja en el prólogo que escribe en su tratado *Sobre el astrolabio*, dedicado al joven rey Enrique II, donde dice: «Si alguien nacido y educado en la casa del mundo olvida conocer la razón de tan admirable belleza pudiéndolo hacer, es reprochable e indigno de habitar en ella».

En la valiosa Introducción, Pedro Mantas nos sitúa ante el autor y la obra. Primero ofrece unos aspectos biográficos de Adelardo, destacando sus conocimientos de textos científicos árabes, sus afinidades de intereses con los maestros de Chartres y con miembros de las catedrales de Worcester y Hereford, vinculándolo entonces con el judeo-converso hispano Pedro Alfonso de Huesca. Traza después la ruta intelectual que va desde el *De eodem et diverso* hasta las *Quaestiones*, destacando cómo el *De eodem* es la primera de las obras originales que escribió, dedicada al obispo de Siracusa, Guillermo, donde ya aparece la figura del sobrino como interlocutor de Adelardo, que es una presentación de las artes liberales y en la que está presente el *Timeo* platónico. Adelardo aborda también en este escrito el problema de los universales, con la teoría de la *indifferentia*, que había propuesto Guillermo de Champeaux en su disputa con Pedro Abelardo. Las *Quaestiones* simbolizan, señala Pedro Mantas, el tránsito desde el saber en las escuelas catedralicias hacia los nuevos conocimientos, el paso del estudio de las palabras, que le habían ocupado en la primera de sus obras, al estudio de las cosas o, mejor aún, al estudio de las causas de las cosas, esto es a la investigación de la naturaleza de la realidad. Subraya también Pedro Mantas el valor de lo árabe en la obra de Adelardo, hasta el punto de que parece haber afirmado que «lo que he aprendido en árabe, lo escribiré en latín» (*quod Arabice didici, Latine subscribam*). La importancia de

esta obra queda reseñada por Pedro Mantas al indicar los numerosos manuscritos que de ella se conservan: trece copias del siglo XII, diez copias del siglo XIII, tres del siglo XIV y dos del siglo XV. Como curiosidad, uno de esos manuscritos contiene anotaciones realizadas por Pedro Abelardo. Sin embargo se sabe que hubo adaptaciones hebreas, una posible traducción francesa y una versión al toscano. La llegada de los *libri naturales* de Aristóteles abrió nuevos caminos que dejaron sin sentido las *Quaestiones naturales* de Adelardo, pero con el humanismo, el interés por ella se vio renovado y fueron impresas varias veces. Finaliza la introducción con una exposición de los manuscritos y versiones renacentistas impresas y con una amplia bibliografía, lo que muestra el interés que Adelardo de Bath viene despertando en la actualidad.

Las *Quaestiones* constan de setenta y siete cuestiones dispuestas en tres partes: sobre plantas y animales, sobre el hombre y sobre los cuatro elementos, siendo esta parte un estudio de meteorología física celeste. Las tres partes están vinculadas entre sí por el argumento de las causas racionales que operan en la naturaleza, desde las criaturas inferiores hasta los cielos. En relación con el hombre, sólo se ocupa de sus aspectos corpóreos, pero también plantea la cuestión del alma en los animales y en los cielos.

La traducción, realizada por José Luis Cantón, muestra un gran dominio y manejo del latín, siendo un texto que presenta una precisión y seguridad dignas de elogio. La obra, en su conjunto, es de un valor inestimable, representando un paso más en el conocimiento de esa Edad Media que, por desconocida, suele ser despreciada incluso en muchos ambientes cultos.

Rafael Ramón Guerrero